



NAVEGANTES Y LITERATURA DE VIAJES EN GRECIA ANTIGUA

ANTONIO PENADÉS

Fecha de recepción: 16-01-2018
Fecha de aceptación: 05-01-2019

Resumen: Este texto muestra el nacimiento de la literatura de viajes en la Grecia Antigua: desde los primeros cuadernos de bitácora y derroteros de rutas comerciales hasta la formación del género como tal.

Abstract: *This paper shows the birth of Travel Literature in Ancient Greece; from the first log books and courses of commercial routes to the formation of the genre as it is.*

Palabras clave: Literatura de viajes, Grecia Antigua, Odisea.

Keywords: *Travel Literature, Ancient Greece, Odyssey.*

Ulises y Heródoto muestran, cada uno a su modo, la excelencia alcanzada por los antiguos griegos en el mar. El rey de Ítaca jamás tuvo interés alguno en viajar, y de hecho cuando Agamenón y Aquiles desembarcaron en su isla para recabar su ayuda en la expedición a Troya, Ulises comenzó a lanzar sal a sus campos para intentar hacerles creer que estaba loco. 10 años más tarde, cuando por fin los aqueos vencieron a los troyanos, el héroe no pretende más que regresar con Penélope y con su hijo Telémaco. Heródoto, por el contrario, recorrió una nación tras otra durante años, únicamente movido por su curiosidad y su capacidad de asombro.

En cualquier tramo de la Antigüedad, sea en época micénica o helenística, los griegos demostraron ser excelentes navegantes. Mucho antes que el *Mare Nostrum* de los romanos, Grecia hizo del Mediterráneo el elemento natural que unía las ciudades esparcidas por la *Oikoumene*, la «tierra habitada», esa extensa comunidad helena dispersa por las costas comprendidas entre Iberia y el mar Negro. Su medio de expansión no fue la conquista sino el comercio, siendo sus naves mercantes el elemento integrador.

Grecia antigua dio otros grandes viajeros además del protagonista de la *Odisea* y del autor de la *Historia*. Algunos revestidos de ficción, como Ulises, y otros completamente reales, como es el caso de Heródoto. No en vano, los griegos fueron los inventores de la literatura de viajes. Ellos descubrieron todos los géneros literarios que seguimos utilizando en nuestros días —la epopeya, la poesía lírica, las

fábulas, los cuentos, el teatro, la novela...— y, cómo no, los relatos viajeros. Su antecedente más remoto fueron aquellos periplos que vieron la luz allá por el siglo VIII a. C., época de largas y peligrosas navegaciones para la fundación de colonias y el establecimiento de nuevos mercados. Los periplos eran ásperos catálogos de accidentes orográficos y de pueblos indígenas con que los pioneros se topaban en sus travesías. Más o menos lo que conocemos como cuadernos de bitácora o derroteros. Poco a poco, la mera descripción de la morfología costera comenzó a combinarse con el interés que las costumbres indígenas despertaban en aquellos navegantes, lo que anuncia la aparición de la etnografía jonia y los convierte en un antecedente de Heródoto. Los destinatarios de esos escritos no serían sólo otros marineros interesados en realizar esas mismas rutas, sino ya un público mucho más amplio: desde buscavidas que deambulaban por los puertos hasta miembros de los *simposia* que se celebraban en casas distinguidas. Los aspectos prácticos fueron pasando a un segundo plano —datos en crudo como los puntos de fácil atraque, catalogación de los pueblos en función de su hostilidad o de su hospitalidad, regímenes de vientos o tiempo de navegación entre escalas—, mientras que la fantasía y la imaginación aumentaron su peso hasta convertir a estos manuales de navegación en un género literario muy apreciado.

Fue en este contexto cuando llegó la *Odisea* tal y como la conocemos. Homero fijó por escrito la historia del regreso de Ulises y además la condimentó con un retrato del Mediterráneo occidental plagado de amenazas y de monstruos. Estas leyendas circulaban desde muy antiguo y acaso fueron creadas por los fenicios con el fin de ahuyentar a los marineros griegos y preservar su monopolio comercial al oeste de Sicilia. El propio Homero debió escucharlas muchas veces en plazas públicas, tabernas y puertos, incorporándolas después a su epopeya.

Además de Homero, la literatura viajera griega de época arcaica nos ha brindado magníficos autores como Aristeas de Proconeso, quien describió sus viajes por el mar Negro en un extenso poema titulado *Arimaspeia* —referido a los arimaspos, tribu legendaria de jinetes de un solo ojo que vivían en Escitia—. También tenemos a Escílax de Carianda, explorador cario que, por encargo del rey persa Darío I, descendió el río Indo, circunnavegó Arabia hasta alcanzar el mar Rojo y reunió estas experiencias en el *Periplo de las costas fuera de las columnas de Hércules*. Más tarde, el afamado geógrafo Hecateo de Mileto preparó su *Periégesis* o «Viaje alrededor del mundo conocido», en la que trataba acerca de sus viajes por Europa, Asia, Egipto y Libia.

En época clásica brilló Heródoto como historiador y también como cronista de viajes. En la primera mitad de su obra narra multitud de anécdotas y curiosidades recabadas de primera mano en amplias zonas del mundo conocido y además dedica varias digresiones a contar las hazañas de otros viajeros insignes, como por ejemplo la singladura del mercader samio Coleo, que en el siglo VII a. C. cruzó el Mediterráneo de parte a parte hasta alcanzar el reino de Tartessos, o la circunnavegación de África llevada a cabo por marineros fenicios con el patrocinio de Neco II, el faraón egipcio que ordenó, sin éxito, la excavación de un canal en el desierto para conectar el río Nilo y el mar Rojo. Después de Heródoto llegaría Ctesias de Cnido, quien vivió en la corte de Susa como médico personal de Artajerjes II —el rey persa que se enfrentó a su hermano menor Ciro en la batalla de Cunaxa, recreada en la *Anábasis* de Jenofonte—; Ctesias escribió una *Historia de Persia* y también varias obras en las que describe sus incursiones por la India y por las tribus de las montañas.

Del periodo helenístico nos ha llegado una parte de *En el mar de Eritrea*, obra en la que Agatárquides, nacido también en la ciudad de Cnido, describe el trabajo en las minas de oro, las expediciones para capturar elefantes o la verdadera causa de las inundaciones del Nilo. El cretense Nearco, almirante de Alejandro Magno, recreó su

singladura desde el río Indo hasta el Éufrates, un relato que desapareció en la época de las destrucciones de las bibliotecas pero del que, a través de otros autores, sabemos que mezclaba con maestría la realidad y los elementos maravillosos. Los escritos de Megástenes también están perdidos, aunque a través de Arriano de Nicomedia hemos podido conocer que en la obra que llevaba por título *Índica* describía el continente indio y su sistema de castas, el Himalaya y la isla de Taprobane (actual Sri Lanka). Sí contamos con el *Periplo de Hannón*, obra breve que narra la campaña colonizadora de una flota cartaginesa por las costas africanas, pero en cambio desconocemos su autoría. Por último hay que citar a Apolonio de Rodas, quien en sus *Argonáuticas*, pura literatura con una base real, cuenta la expedición de Jasón hasta el extremo suroriental del mar Negro en busca del vellocino de oro.

Ya hemos dicho que todos estos autores de literatura viajera son griegos, pero sorprende constatar que la mayoría de ellos provienen de una misma zona: de la costa occidental de Asia Menor. Demos un repaso. La paternidad de Homero fue disputada por siete ciudades, aunque según Píndaro sólo Esmirna y Quíos podían reclamar este honor; Proconeso, donde nació Aristeas, es una isla del mar de Mármara; Carianda, Halicarnaso y Cnido —las ciudades de Escílax, Heródoto, Ctesias y Agatárquides— pertenecían a la región de Caria, que a su vez enfrenta con la isla de Rodas, la patria de Apolonio; Mileto, ciudad natal de Hecateo, está tan solo a unos kilómetros al norte; y en cuanto a Megástenes, desconocemos su lugar de nacimiento pero sabemos que estaba en Asia Menor. Que todos estos escritores viajeros sean de allí no es fruto de la casualidad, sino el reflejo del cosmopolitismo de esta parte de la Hélade durante los periodos arcaico y clásico. En los puertos y en las plazas de sus ciudades confluían una gran cantidad de lenguas, de historias y de leyendas, un ambiente que se combinó con la necesidad de fijar por escrito los descubrimientos de sus mejores marineros. Para esta tarea surgieron autores que, guiados por el asombro y la sensibilidad, adornaron sus textos con los relatos fantasiosos que solían circular por las tabernas y los banquetes; es decir, alimentaron sus escritos con literatura. Se trataba de un ambiente vivo y creativo gracias a la actividad mercantil y a la existencia de un grupo de pensadores, un contexto que explica aquella eclosión literaria.

Esta corriente de curiosidad y de avidez intelectual que vivió la costa de Jonia sería fundamental para la llegada en cascada de una serie de descubrimientos físicos y geográficos que cambiarían la perspectiva vital de aquellos ciudadanos. En definitiva, la ciencia y la literatura viajera respondían a un mismo ímpetu, el ansia por conocer el mundo, y por ello ambas disciplinas se interesaban por la otra y se retroalimentaban. Pitágoras y Aristarco, dos sabios nacidos en la isla de Samos, fueron los primeros en concebir cómo es realmente el lugar donde vivimos. Pitágoras demostró que nuestro planeta es esférico, una idea para la que las mentes de sus coetáneos no estaban aún preparadas: la visión más extendida era la de un disco plano flotando en el océano. Aristarco proclamó que la Tierra gira sobre su eje y se desplaza en torno al Sol, una propuesta que las religiones mantuvieron sepultada durante 1.000 años hasta que Copérnico y Galileo, sorteando muchos problemas, comenzaron a desmontar la teoría geocentrista. Eratóstenes de Cirene, por su parte, estableció la longitud de la circunferencia de la Tierra con una precisión asombrosa (252.000 estadios, que equivalen a unos 40.000 kilómetros), y lo hizo midiendo la inclinación de los rayos solares y su variación —7 grados— entre Alejandría y Asuán, situadas a 800 kilómetros de distancia en el mismo meridiano. Pitágoras, Aristarco y Eratóstenes, incomprensidos durante tantos siglos, nos deslumbran hoy con su clarividencia y su rigor.

Otro lugar destacado para la literatura viajera fue Massalia, la colonia fundada por Focea en el siglo VI a. C. cerca de la desembocadura del Ródano, y lo sería por el

carácter aventurero de los foceos y porque allí finalizaba la Ruta del estaño. Gracias a esta vía, avezados mercaderes partían desde Cornwall —Cornualles, al suroeste de las islas Casitérides—, cruzaban el mar hasta la costa atlántica de la Galia, remontaban el río Loira, se desplazaban en carros en busca del curso alto del Ródano y, embarcada de nuevo la mercancía, navegaban río abajo hasta Massalia, donde vendían el preciado mineral. Esta larga ruta servía también a los comerciantes de ámbar, sustancia preciosa que provenía de resina de coníferas fosilizada. Los griegos lo denominaban *élektron* al considerar que la luz que emite es similar a la de la estrella Electra, en la constelación de Tauro.

Tenemos referencias antiguas de un *Periplo massaliota* de autoría desconocida, en la que se describía el viaje marítimo por la costa de Iberia, pasando por *Emporion* (Ampurias), *Hemeroskopeion* (Denia o Jávea) y Gadir, doblaba el cabo de San Vicente y remontaba el Atlántico hasta llegar a Bretaña, Cornwall e Irlanda. Esta era la ruta del estaño ancestral, la más rentable y la que durante siglos utilizaron en exclusiva comerciantes tartesios y fenicios.

A finales del siglo IV a. C., aprovechando que los cartagineses estaban atareados guerreando contra los griegos por el control de Sicilia, otro marinero de Massalia llamado Piteas volvió a atravesar las columnas de Hércules y realizó ese mismo itinerario oceánico. En cada uno de los lugares visitados calculaba la latitud con enorme precisión. Al desembarcar en Cornwall y llevar a cabo sus transacciones decidió buscar nuevas fuentes de estaño y de ámbar, así que partió de nuevo hacia el mar de Irlanda y llegó hasta las islas Shetland, al norte de Escocia. Pero eso no fue todo, ya que una vez allí sus ansias de conocer le empujaron a continuar más aún hacia septentrión: alcanzó el sol de medianoche, contempló auroras boreales y sorteó témpanos de hielo polar. Algo inimaginable para la mente de un griego antiguo. De regreso al Mediterráneo, enriquecido por la mercancía transportada y por la experiencia vivida, Piteas escribiría una crónica relatando su viaje que llevaría por título *Sobre el Océano*, una obra magnífica que desapareció en el incendio de la biblioteca de Alejandría y cuya existencia conocemos por comentarios de autores de época romana. Piteas fue probablemente el mejor navegante que dio la Antigüedad griega, un hombre que supo conjugar su carácter emprendedor, su afán científico y sus inquietudes literarias.

Durante la época romana los mejores creadores de literatura viajera también fueron autores griegos, destacando entre ellos Estrabón, Pausanias, Arriano de Nicomedia y Dionisio el Periegeta. Estrabón, nacido en Amaseia (ribera sur del mar Negro), hizo una descripción detalladísima de la *Oikoumene* en su *Geografía*, una obra condimentada con citas literarias, informaciones arqueológicas y comentarios eruditos. También para Estrabón la ciencia y la literatura iban de la mano, y de hecho sus dos primeros libros tratan de cuestiones de geometría, de astronomía, de matemáticas y de historia, disciplinas que declara necesarias para el geógrafo. En el siglo II d. C. llegaría Pausanias, nacido en la región de Lidia, quien redactó una obra titulada *Descripción de Grecia* destinada a familias patricias aficionadas a realizar visitas turísticas. La obra de Pausanias sirvió a algunos viajeros del siglo XVIII para localizar sitios arqueológicos como Olimpia o Delfos y sigue siendo útil hoy en día. Arriano de Nicomedia, gobernador de Capadocia en tiempos de Adriano y autor de la *Anábasis de Alejandro*, trató en su *Periplo del Ponto Euxino* sobre el Mar negro y sus costas. Y por último, Dionisio el Periegeta («el viajero») escribió una deliciosa *Periégesis* en verso, una obra didáctica que llegó a ser muy popular en el Imperio romano, en la que el narrador sobrevuela África, Europa y Asia como si fuera el propio dios Hermes.

La literatura viajera arrastra por tanto una larga tradición, y de hecho sus ecos han llegado hasta nuestros días y siguen embelesando como cantos de sirena. Lo mejor de este género es que todo cabe en él con tal de que guarde relación con el itinerario trazado por el autor: la historia, la mitología, la etnografía, la descripción del paisaje, la narración del propio viaje, las reflexiones personales, la geografía, la filosofía, la arqueología, conexiones con el mundo actual... Es una propuesta enriquecedora para la mente y para el alma en la que se da cobijo a la ficción y a la crónica, a la imaginación y al ensayo. A todas estas tareas, que tienen como objetivo el conocimiento de nuestro mundo y de nosotros mismos, se dedicaron los autores griegos antiguos de un modo insuperable.

BIBLIOGRAFÍA:

ROBIN LANE FOX, *Héroes viajeros*, Crítica, Barcelona, 2009.

ANTONIO PENADÉS, *Tras las huellas de Heródoto*, Almuzara, Córdoba, 2015.